

La sorpresa y la morada. Envejecer en medio de la pandemia

Jorge Antonio Mejía Escobar

Universidad de Antioquia. Instituto de Filosofía

Doctor en Filosofía. P.U.G.

Colombia

¿Cuáles serían los nuevos significados, transformaciones y retos que supone la vejez y ser persona vieja después de la pandemia COVID-19?

La pregunta solicita un pronóstico, con lo cual se asemeja a la situación de estar en medio de un acto médico delimitado por el fin de la pandemia del COVID-19, o a la solicitud de una respuesta científica, que conceda el poder de manejar lo real. Pero el matiz importante que hay que resaltar en este caso es la naturaleza muy falible de la prognosis, que depende claramente de las situaciones contextuales o de circunstancias que conducen a la imposibilidad de que haya como fundamento una base cognoscitiva incondicionada, es decir, alguna certeza o un conjunto de certezas.

Más aún, en la situación actual nos encontramos todavía *en medio* de la pandemia, e incluso *en medio* de la cuarentena que ha sido establecida como respuesta. Eso quiere decir que los condicionantes, (el componente *hipo*) de la palabra *hipótesis*, o el componente *sub* de la palabra *su[b]posición*, que es su traducción del griego al

latín, están todavía abiertos, y por lo tanto el futuro resulta más abierto e impredecible. La pregunta, pues, se ha hecho en situación de deriva, cuando hay un movimiento que no ha terminado, pues no podemos afirmar que haya cesado la expansión del virus y las noticias nos presentan cada día nuevos elementos que incluyen la posibilidad de aparición de situaciones extraordinarias o sorprendentes.

Tratemos de enunciar brevemente los condicionales abiertos más notorios: 1. no hay una vacuna robusta que esté a la vista, 2. no hay identificados uno o varios medicamentos que permitan manejar con seguridad los síntomas, 3. no hay un conocimiento claro que permita explicar la índole diferencial del impacto del virus sobre los contagiados, 4. se desconoce gran parte de la historia natural de la enfermedad y no se puede saber si se trata de un fenómeno cíclico, que por razones internas vaya a tener una atenuación, o si su estado actual se conservará, o hasta incrementará su grado de afectación al género humano...

En resumen, seguimos en una fase de tanteo, con un conocimiento muy limitado que implica una capacidad de anticipación escasa, que ha llevado a que la forma dominante de manejo tenga que ser, forzosamente, sociológica: cuarentena y distanciamiento corporal.

De esta primera parte, en la cual he pretendido resumir un estatus del conocimiento disponible, paso a las transformaciones, que parecen por el momento el componente más objetivo de la pregunta.

La misma incertidumbre, considerada como carencia de puntos cognoscitivos firmes que sirvan de apoyo

para una proyección, nos lleva a afirmar que ha habido muchas transformaciones exploratorias de cuya duración o estabilidad poco podemos saber en este momento. Se trata de variaciones que tenemos que asumir como movimientos efímeros apoyados sobre un saber todavía muy provisorio y poco corroborado. Muchas de estas transformaciones tienden a tener bases causales simples por estar relacionadas con pocos factores de la crisis, y esa simplicidad o carencia de complejidad las hace unilaterales e inestables; su función es más de tanteo que de respuesta robusta ante la nueva situación.

No es fácil señalar aún cuáles serán durables y cuáles transitorias. En este punto presenciamos cómo se han confundido el deseo relacionado con los diferentes conjuntos de valores y el aspecto que tendrá un poco más adelante la vida cotidiana. Unos juzgan la situación desde el orden de las conductas sociales, otros desde la relación con la naturaleza y el planeta como totalidad, otros desde los asuntos relativos a una economía más armoniosa y solidaria, otros desde las religiones históricas como respeto reverente a una legalidad establecida por una fuerza personal trascendente... pero no es claro si la percepción de la relación de la crisis presente con la carencia de armonías relativa a los valores vaya a producir un cambio generalizado y durable de actitudes.

Sin embargo, volviendo al primer punto, el estatus del conocimiento disponible, no estamos en una completa ignorancia: las cuentas establecidas hasta el momento nos permiten afirmar que la edad de las personas se relaciona con la letalidad de la infección y que con la mayor edad,

crece la proporción de muertos de la población infectada. Y esto se relaciona muy directa y claramente con otra parte de la pregunta, la que se refiere a la vejez. Pese a ello no resulta posible decir que la edad es una causa de mortalidad, sino que hay una correlación, porque hay personas de edad avanzada que se han infectado y no han presentado síntomas, o habiéndolos presentado, aún con gravedad, se han podido recuperar.

De otra parte, hay que repetir que todavía no resulta posible hablar de un *"después de la pandemia"* sino de *"en medio de la pandemia"* por lo cual no es posible seleccionar entre las reacciones que se han producido, y se producirán, cuáles serán más duraderas y cuáles serán finalmente borradas de la memoria social y por tanto resultarán transitorias y pasajeras.

Volvamos a la vejez. Es muy claro que esta afectación diferencial relativa a la mayor edad está originando una carga de sufrimiento mayor para las personas de edad avanzada. Debido a su mayor mortalidad, se han visto desde ahora sometidas a un tratamiento social caracterizado por una mayor restricción en la movilidad y un aislamiento más severo. Esa situación origina una vivencia de reclusión forzada, semejante a la de la prisión, que proviene tanto de la relación con el Estado, como de la relación con la familia. En esta fase de desarrollo aparece ya como un dato (consolidado) y muy probablemente se prolongará en ese estado hacia el futuro.

No logran atenuar el impacto sobre el ánimo de los mayores, las motivaciones positivas y bien intencionadas

que se concentran en conservarles la vida, debido a que las restricciones rigurosas afectan el sentimiento de libertad y autonomía relacionado con la movilidad y el goce del espacio. También es posible que se presenten situaciones de estigmatización de las personas mayores debido a que la carencia de remedios efectivos para el manejo de la pandemia las hará más dependientes de sus familias para los asuntos de la vida diaria, y en esa medida algunos les reclamarán que se han convertido en una carga adicional difícil de tolerar. Esta transformación no es una novedad completa originada por el COVID-19, pues con la tendencia a la disminución de las formas amplias de familia, hace ya tiempo que muchos adultos mayores han tenido que vivir situaciones de aislamiento, discriminación y dolor. Algunos jóvenes asumen que su vida cotidiana, su futuro laboral, y otras situaciones del diario vivir, se han visto afectadas por el peso adicional que representa atender la supervivencia y el bienestar de los mayores; y la verbalización de estas consideraciones se convierte en un motivo de amargura. Las formas culturales contemporáneas hacen invisible para los jóvenes que las vidas humanas tienen fases diferentes y que todos tendremos que vivir cada una de ellas, en otras palabras que, en condiciones normales, todos llegaremos a ser viejos más adelante.

Otra transformación que ya se ha ido produciendo, pero cuyo grado de desarrollo aún no podemos conocer, tiene que ver con la disyuntiva entre conservar la vida y conservar la economía. Guiada por ideales que tienen una estrecha relación con la actual valoración creciente de los derechos humanos, hasta este momento la gran mayoría

de la comunidad humana ha concedido prelación a la conservación de la vida por encima de la conservación de la producción y el mercado. A medida que los días han ido pasando, la economía mundial se ha deteriorado de un modo tal que aún no podemos percibir todas las consecuencias que este deterioro tendrá en las diferentes vidas individuales. Un deterioro de la economía tiene también consecuencias vitales, porque la falta de trabajo disminuirá de manera severa los recursos y esa disminución generará situaciones desesperadas, hambre, enfrentamientos y violencia. Esta afectación no se trasladará directamente a los adultos mayores, sino que, como un efecto sistémico, se trasladará indirectamente a ellos y los afectará en muchas maneras y de formas diferenciales que tienen que ver con interacciones con otros factores, que no pueden resumirse con una fórmula común.

Al avanzar en la respuesta a estos elementos de la multifacética pregunta inicial, llegamos a los dos componentes finales que aparecen profundamente entrelazados. Se trata de los retos y los significados. Podemos afirmar que ambos constituyen el polo subjetivo de la pregunta y en esta situación lo subjetivo no tiene una connotación negativa, sino que, al contrario, concentra la posibilidad misma de encontrar soluciones para hacer posible, mediante la adaptación, que las vidas individuales puedan sobrevivir a las transformaciones que están produciendo las nuevas situaciones. Pero no se trata tampoco de una gran novedad pese a las nuevas circunstancias, pues su estructura es la misma que ha hecho posible hasta ahora la supervivencia. El planteamiento de

los problemas, que permite diseñar soluciones frente a ellos, está anclado a características que han sido el resultado de la autoconstrucción personal a través del tiempo. En esta dimensión no hay propiamente novedades, sino un recurso a la capacidad desarrollada como resultado de la vida vivida. Este punto está muy lejos de las soluciones universales que se esperan en el campo de la ciencia y de la técnica, pues en vez de novedades se requiere reiterar, una vez más, un fundamento arraigado en un ejercicio antiguo y prolongado de la capacidad de adaptación. Los significados están ligados a la representación disponible del yo y del entorno comunitario en el cual éste se ha desarrollado hasta ahora. El esquema de abordaje de los retos conserva la misma estructura iterativa: un problema, ensayos de adaptación, comparación de los resultados con la expectativa y una capacidad para reformular salidas a partir de los ajustes y desajustes encontrados.

Esta respuesta a la pregunta se puede sintetizar afirmando que más allá de las novedades y lo inédito de las situaciones originadas en la presente pandemia, hay una estructura antigua de respuesta que brota desde los fundamentos de la individualidad y que se puede caracterizar diciendo que es de naturaleza ética o comportamental. Es ella la que permitirá, como lo ha hecho siempre, que un rasgo antiguo y duradero se relacione exitosamente con las novedades y sorpresas de cada momento.

